

SEMBLANZA

Ramón y Cajal y el Deporte

Prof. Pablo Gil-Loyzaga¹

En una Sociedad que se define a sí misma como de la Información o del Conocimiento resulta paradójico que muchos grandes "constructores sociales" hayan sido pronto olvidados por la mayoría de la población. De hecho, son relativamente pocos los ciudadanos que, al ser preguntados por este o aquel hombre notable, recuerdan algo de ellos. Sobre todo si se trata de un filósofo, un pensador, un historiador, un científico, etc. Salen algo mejor parados los escritores y novelistas, aunque en cuanto nos alejamos un poco en el tiempo tampoco hay mucha diferencia. Nuestra Sociedad vive hoy "al día" y nuestros compatriotas conocen, aunque también de manera efímera, algunas cosas de los llamados "ídolos del momento". Tal vez el exceso de información circulante tenga algo que ver, aunque no cabe duda que muchas otras cosas (la formación general, las tendencias, las modas. etc.) son claramente responsables.

En cualquier caso, resulta muy frecuente que la imagen que haya prevalecido de los grandes personajes de nuestra historia, como es el caso de Ramón y Cajal, sea muy parcial y sesgada. Normalmente lo único que se recuerda suele ser el motivo por el que destacó profesionalmente; olvidando que detrás de cada individuo, incluso de los más destacados, siempre hay "una vida real" llena de intimidad, de ilusiones y desilusiones, curiosidades, aficiones, etc. Por ello me ha resultado tan atractiva la invitación a glosar, en estas breves líneas, algunas de las aficiones poco conocidas de Don Santiago, una de las personas a las que más he admirado a lo largo de toda mi vida.

Cuando a los catorce años, entusiasmado ya por la imagen que me había inculcado mi padre sobre este gran científico (Ramón y Cajal, 1954)², adquirí la biografía realizada por Diego Ferrer³ comencé a descubrir a este gran hombre que puso luz en la Ciencia española de finales del siglo XIX y principios del XX, y sigue iluminándola un siglo después.

Entre las muchas cosas que llamaron mi atención en aquella biografía tal vez lo que más me impactó fue la capacidad polifacética de D. Santiago. El autor, en el apartado que titulaba "*Patriotismo y espíritu de sacrificio*"⁴, expresaba sus propias reflexiones sobre la vida personal de Cajal. Entre muchos otros comentarios destacan: "*La vida de los genios en la intimidad es idéntica a la de los demás mortales, ...*", "*... no faltan en su diario quehacer las mismas emociones, sacrificios, penas y alegrías que salpican la vida de los que les rodean*". Y, desde luego, lo que no le faltaba a Cajal eran las aficiones esperables en cualquier otro ciudadano que, desde luego, él sabía compatibilizar con un trabajo científico intenso y concienzudo, evidente en su extensísima obra. (Igual, 1958; Durán y Alonso, 1983)⁵

En sus memorias, el propio D. Santiago recogió muchas de estas aficiones (Ramón y Cajal, 1969)⁶. Ya en la escuela comenzó su pasión por el dibujo y las caricaturas, que en sus años mozos le traería muchos disgustos tanto en el ámbito familiar como colegial. Y pronto llegó

¹ Catedrático y Director de Departamento de Oftalmología y Otorrinolaringología. Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid.

² Tras muchas lecturas y entre otras: Santiago Ramón y Cajal. (1954) *Páginas de mi vida*. Selección de Arturo del Hoyo. Colección Crisol. Aguilar Ediciones. 579 págs.

³ Diego Ferrer. (1965) *Santiago Ramón y Cajal y las células nerviosas*. Ediciones CID. España. Nº Reg. 2.230-65. 327 págs.

⁴ Diego Ferrer. (1965) *Santiago Ramón y Cajal y las células nerviosas*. Ediciones CID. España. Nº Reg. 2.230-65. 327 págs. Ver págs. 158 a 162.

⁵ Entre otros trabajos conviene consultar: Antonio Igual Úbeda. (1958) *Ramón y Cajal*. Editorial Seix Barral. Barcelona. 142 págs.; García Duran Muñoz y Francisco Alonso Burón. (1983) *Cajal Vida y Obra*. Editorial Científico-Médica. Barcelona. ISBN 84-224-0786-8. 537 págs. Prólogo de D. Pedro Laín Entralgo y Epílogo de D. Severo Ochoa.

⁶ Santiago Ramón y Cajal. (1969) *Obras literarias completas*. Aguilar Ediciones. Dº. Leg. M. 12181. 1335 págs. Ver "Mi infancia y juventud" págs. 23 a 271.

la pintura que fue de sus mayores placeres durante muchos años. Aunque entonces él aún no lo sabía, el cultivo de estas aficiones, junto con la fotografía que practicó hasta edad muy avanzada, le iban a ser muy útiles, tal vez decisivas, en su profesión de investigador e histólogo.

Entre los 18 y 22 años comenzaron lo que Cajal no dudaría en denominar "*mis manías literaria, gimnástica y filosófica*", que, de alguna forma seguiría practicando el resto de su vida. De su obra literaria destacan no solo sus memorias ("Mi infancia y juventud" y "el Mundo visto a los ochenta años: memorias de un arteriosclerótico", etc.) sino su obra divulgativa ("Reglas y Consejos para la Investigación Científica") y toda una serie de cuentos cortos, relatos variados y reflexiones sobre sus reuniones ("Charlas de Café") o sobre El Quijote, etc. Casi todas sus aficiones se iniciaron en aquellos años de juventud. Después se animó mucho más a cultivar la literatura y también el juego del ajedrez, del que llegó a ser un verdadero experto; tanto que en algún momento él llegó a considerarlo casi como un "vicio". En general, todos estos entrenamientos y ocios de Cajal permanecen ignorados para la mayoría, incluso para muchos profesionales, impidiendo una verdadera imagen de conjunto del sabio español.

Tal vez la afición de Ramón y Cajal que despierta más curiosidad es su entusiasmo juvenil por el deporte. Mucha gente se sorprende cuando se le comenta que D. Santiago dedicó algún tiempo a llevar a cabo un entrenamiento físico intenso y regular en un gimnasio. Tal y como él mismo relata en sus memorias, el hecho de haber vivido la infancia y primera juventud en el ambiente rural favoreció el que pronto adquiriera una forma física más que saludable. Sus juegos infantiles, sobre todo en Ayerbe (Huesca), aunque también en el colegio en Jaca, se basaban sobre todo en el ejercicio al aire libre, las carreras, trepar a los árboles, nadar, etc. y, entre todos, contribuyeron a hacer de él.

un muchacho fuerte y bien desarrollado. Como afirma en algún texto: "... era yo a los dieciocho años un muchacho sólido, ágil y harto más fuerte que los señoritos de ciudad." (Ramón y Cajal, 1969)⁷

D. Santiago cuenta la anécdota de que en una ocasión, viviendo ya en Zaragoza, envalentonado por su evidente fuerza aceptó un reto de un compañero llamado Moriones para "*luchar al pulso*" (echar un pulso se llamó después). La derrota sin paliativos que sufrió Cajal le llevó a preguntar al adversario, más bajo y delgado que él, donde había conseguido la fuerza que poseía. El compañero le contestó que se entrenaba en un gimnasio y practicaba esgrima.

Así comenzó la "manía gimnástica" de Cajal. No esperó más que al día siguiente, y sin decir nada en su casa, se dirigió al gimnasio de un tal Poblador, que se encontraba en la Plaza de El Pilar. Como no contaba con recursos económicos consiguió convencer al dueño del gimnasio de que le dejase entrenarse allí a cambio de impartir clases de Anatomía y Fisiología de los músculos. Al tiempo que D. Santiago podría entrenarse nacería uno de los primeros "gimnasios con orientación científica" de la época.

Cajal se animó a llevar a cabo un intenso entrenamiento en el gimnasio (más de dos horas diarias) dedicándole entonces el mismo entusiasmo que le fue guiando, en sus actividades, a lo largo de toda su vida. Hay que considerar que, al menos en aquella época, este nivel de trabajo estaría reservado solo para los profesionales de la lucha o de otros deportes, pero no para un estudiante de Medicina. Consta que entre otros ejercicios entrenaba musculación con pesas, flexiones en la barra, ejercicios en las paralelas, saltos, anillas, etc. Hasta tal punto llegó a centrarse en su afición que pronto (menos de un año) llegó a ser "*el campeón más fuerte del gimnasio*", como él mismo reconoce. El desarrollo muscular alcanzado él mismo acabó calificándolo, muchos años más tarde, como "monstruoso". Y su perímetro torácico como superior a un metro. Había desarrollado su fuerza hasta tal punto que ya no

⁷ Santiago Ramón y Cajal. (1969) *Obras literarias completas*". Aguilar Ediciones. Dº. Leg. M. 12181. 1335 págs. Ver "Mi infancia y juventud" pág. 190.

no podía llevar el típico bastón de caña de los jóvenes de la época, ya que lo rompía constantemente. Tuvo que sustituirlo por una barrita (más bien barra) de hierro que debió de pintar para "camuflarla" ante las miradas de los demás. Recuerda Cajal que la barra "*pesaba más de dieciséis libras*" (unos 7,3 kilos), lo cual es al menos sorprendente.

El problema fue que con tanto desarrollo muscular, en un muchacho aún muy joven, se puso en evidencia una cierta tendencia al conflicto y un exceso de cansancio, que le retrasaba en sus estudios. En varias ocasiones se encontró inmiscuido en alguna discusión. Cajal relata en sus memorias, como anécdota muy especial, la ocasión en la que coincidió con otro pretendiente bajo el balcón de una joven que, al parecer, era particularmente agraciada. Tras una serie de discusiones verbales se retiraron a un lugar más discreto y pasaron a la pelea. Se zanjó ésta muy deprisa pues, tras haber recibido Cajal tres o cuatro golpes de su contrario, tomó la iniciativa y le redujo mediante el famoso "abrazo del oso". El resultado fue la pérdida de conocimiento de su contrario que cayó al suelo "cual masa inerte", según recuerda D. Santiago (Ramón y Cajal, 1969, pág. 195)⁸. La situación le provocó un tremendo susto ya que él estaba estudiando la profesión de Médico y se temió que había provocado en su contrario algún problema de cierta envergadura. Por fortuna no fue así y se recuperó pronto. Refiere Cajal otros lances variopintos relacionados con su fuerza y el cultivo de los deportes, como la ocasión en la que superó levantando sacos de trigo a unos jóvenes labriegos del pueblo de Valpalmas, al que le había enviado su padre a resolver algunos asuntos familiares; o aquella otra en la que, volviendo a casa ya tarde en compañía de sus padres, de pronto se dieron cuenta de que no podían entrar. En un momento Cajal resolvió la situación trepando por el muro con mucha facilidad y abriendo la casa desde dentro.

Terminada ya la carrera de Medicina (con veintiún años) fue incorporado al Servicio Militar (la "*quinta de Castelar*" de 1873), optando de inmediato a las oposiciones de Sanidad Militar, en las que obtuvo una

plaza de Médico Segundo. Apenas un año más tarde se incorporaría al Ejército Español destinado a luchar contra la insurrección cubana. Como él mismo reconocería en diversas ocasiones su forma física y su magnífico estado de salud le fueron muy útiles para sobrevivir a la dureza de las "*trochas*", las enfermerías insalubres, la malaria, la disentería y los muchos problemas a los que tuvo que enfrentarse. Aunque volvió muy depauperado y con un estado de salud con un franco deterioro general, lo cierto es que pudo salvarse de una muerte que afectó a muchos de sus compañeros, combatientes y médicos.

Reincorporado a España inició definitivamente su carrera profesional en la que recorrió Cátedras de varias provincias. Poco a poco, como en Valencia, fue aficionándose cada vez más a los paseos por el campo, con motivos fotográficos o simplemente lúdicos, en los que siempre disfrutaba mucho, como indica en ocasiones. Años más tarde, instalado ya en Madrid, continuó siempre su costumbre de caminar diariamente por El Retiro madrileño aprovechando la ventaja de vivir en su proximidad y el hecho de que, con frecuencia, le acompañaba su familia.

Como epílogo, baste decir que D. Santiago nos descubre aquí una faceta poco conocida de su vida, como es su espíritu atlético desplegado con toda intensidad en su juventud pero que le dejó diversas enseñanzas. Por un lado, no es de extrañar que influyera en su carácter disciplinado y en su capacidad de trabajo continuado durante muchas horas. Hechos propios de su personalidad que, tal vez, se vieran reforzados por esa precoz inquietud gimnástica. También fue pronto consciente de que el entrenamiento muy continuado podría ser propio de la edad juvenil pero que, sin embargo, y sin abandonar el ejercicio, se debería adecuar a la edad y a las demás actividades (o a la profesión) de cada persona. Tal vez por eso siempre guardó un interés en los paseos frecuentes como actividad necesaria, pero también propia de una edad más avanzada. Es muy probable que disfrutara de una vejez bastante saludable, a pesar de haber arrastrado siempre las consecuencias de la malaria, y otras enfermedades, gracias a sus "*esfuerzos gimnásticos de juventud*" y a sus paseos regulares a lo largo de toda su vida.

⁸ Santiago Ramón y Cajal. (1969) *Obras literarias completas*". Aguilar Ediciones. Dº. Leg. M. 12181. 1335 págs. Ver "Mi infancia y juventud" pág. 195.
